

***POLÉMICAS, INDICACIONES Y PROYECTOS
SOBRE LA CIENCIA ESPAÑOLA,***

por D. Marcelino Menéndez y Pelayo, con un prólogo de D
Gumersindo Laverde Ruiz. Madrid; Eduardo Medina, editor, 1876.¹

Achácase de continuo la tan decantada ventaja que nos llevan, en su rápido andar, las llamadas cultas naciones de Europa, a falta de leyes sabias y protectoras unas veces, a sobra de tiranía muy a menudo, y, según que los vientos corran, a plétora de fanatismo o a borrachera de despreocupación.

Yo creo, salvo mejor parecer, que en este supuesto o evidente atraso, en que siempre nos hallamos los fidalgos descendientes de aquellos testarudos conquistadores de imperios y de mundos, entra por algo, si no por todo, el carácter; cierta indolencia nacional, ingénita la cual nos obliga, o nos inclina a lo menos, a resolver las cuestiones más arduas y a eludir los más graves compromisos con un simple encogimiento de hombros, como quien dice ¿qué más da?

Y como a todos nos ha invadido este achaque, y no están por ende, libres de él ni aún los que tienen más obligación que el vulgo de penetrar un poco más debajo de la superficie de las cosas, a fuerza de

¹ Publicamos este texto según la versión preparada por Salvador García Castañeda –y con su autorización– para la *Miscelánea* en el volumen IX de las *Obras Completas* de José María de Pereda (Santander: Editorial Tantín, en prensa).

decirnos éstos que en España todo está por hacer, que nada hubo nunca bien hecho y que jamás lo habrá si no lo traemos de fuera, hemos ido los demás grabando a mazo y escoplo en las mientes este delicioso resumen de la historia intelectual de la patria del *Tostado* y Lope de Vega. Edad media, barbarie pura. Primera mitad de la moderna, llamas, tizonazos, autos de fe, torturas, crujidos de huesos, corozas y sambenitos, cadenas a la razón y prensas al entendimiento. Segunda mitad, hasta estos días *iluminados*, abyección, abatimiento, luchas fratricidas, pasiones miserables, cogullas y sotanas, pataleo inútil de los viejos resabios nacionales bajo la invasión de todo lo extranjero, así en el orden científico y literario como en el económico, y aún en el físico.

Tal es el libro en que, desde que yo me acuerdo, venimos estudiando el positivo valor de España como pueblo culto, los que tenemos el antinacional deseo de saber algo por boca de los erigidos en autoridad y en cuya palabra juramos, como extraños a la *ciencia*, acaso porque lejos vivimos del campo en que la cultivan y amoldan a su gusto media docenita, a lo sumo, de españoles de pro, y como por derecho de conquista. No ha faltado, sin embargo, entre estos despabiladores de las modernas luces quien nos haya dicho, pretendiendo sin duda con ello cavar muy hondo en el asunto: “Cierto es que en el siglo XVI se hicieron algunos *apreciables* esfuerzos en los estudios filosóficos, pero miradlos desde la altura de nuestras conquistas científicas de hoy, y decidme si podéis contener la risa.

Ahí los tenéis, en el desván de las bibliotecas, reducidos a cuatro montones de libracos viejos, escritos en “latín de sacristía” ¿Con que en latín? exclamamos, al oírlo, los vulgares, poniendo cara de risa y aún de compasión, al acordarnos de las candiladas de aceite consumidas por aquellos reverendos pensadores para garrapatear cuatro vulgaridades en gringo, que habían de retirar con el pie, por no manchar la delicada mano en el hollín y las telarañas del olvido, los flamantes *iluminados*, al abrir ancha y desembarazada calle a la extranjera ciencia en su triunfante y rápida invasión.

Y con esto de los libros en latín, y con lo otro de la Inquisición y los tiranos, que no los permitían más claros y más profundos, con las escuelas filosóficas que se pusieron de moda, y con este carácter bonachón e indolente que nos cupo en suerte: “Es indudable, dijo a coro el *servum pecus*, en España no existen ni vestigios de ciencia propia,

ni se supo lo que era filosofía hasta que Sanz del Río nos trajo de Alemania la *Analítica* de Krausse, y tradujo a su manera el *Ideal de la Humanidad*.

Y así pensando el vulgo, dijo poco ha uno de los contadísimos que según público dictámen de otro de ellos, son excepción ilustre, en gracia de la cual no nos apedrea, por incivilizados la sapiente Europa: la actividad intelectual de España fue casi nula durante los tres últimos siglos.

Como este era el tema sempiterno de los sabios de ogaño, esperábamos verle pasar incólume, como de costumbre, pero no sucedió así, porque esta vez se tropezó en el camino con un oscurantista que ha llevado su amor a los libros y a la patria hasta el extremo de devorar cuanto de útil para la ciencia española se ha publicado desde que hay prensas en el mundo y, lo que es más raro, de digerirlo, y lo que todavía es más asombroso, hasta los consabidos libracos en latín, en cuyas heroicas empresas no le conozco más que un competidor; de donde procede, sin duda, la admitida opinión de que la existencia de la filosofía española no tiene más que dos defensores en España.

Digo, pues, que el texto reproducido tropezó con el raro ejemplar de que voy hablando, y añadido que, no bien le tuvo éste delante de los ojos, devolviósele al autor, desleído en una carta con sobre a D. Gumersindo Laverde, el otro ejemplar de que hablé, aficionado a digerir y comentar libros viejos, y en quien no es nuevo ya el empeño de honrar a su patria sacando a la luz del sol el caudal científico y literario de sus hijos. Y entonces comenzaron, para nosotros los ignorantes de buena fe, las perplejidades y las vacilaciones. La carta del Sr. Menéndez y Pelayo no tenía desperdicio: a montones entraban en ella los nombres, los libros y los descubrimientos científicos, vivos, publicados y hechos precisamente en lo más fragoso de aquellos siglos de oscuridad inquisitorial. De un solo *tostado* por atrevimientos intelectuales se hablaba en ella, Miguel Servet. Pero ¡oh contrariedad! Este hereje de nota no pereció en España, sino en Ginebra, y no fueron los dominicos españoles quienes atizaron allí la hoguera que le consumió, atizóla el libérrimo Calvino, en honra y gloria, sin duda, de la libertad del pensamiento, pero al cabo le chamuscó. No necesito pintar el ansia con que esperamos la respuesta los bobalicones del *servum pecus* de la ciencia.

Pero la respuesta no vino. Ya he dicho que hasta los *ilustrados* son desdeñosos en este país en que tanto se ignora. En defecto de ella, otro sabio acometió el desdeñado asunto pero de refilón. Sólo nos dijo, y eso mientras hablaba de otras cien cosas más interesantes, que la filosofía española era un *mito*, por más que en lo contrario se empeñasen Menéndez Pelayo y Laverde Ruiz. Aún cuando fuera de un sabio esta sola negación no curaba nuestras dudas.

Las cuales crecieron al ver que en otra carta al Sr. Laverde, y tomando por motivo este dictamen rotundo, el Sr. Menéndez añadió nuevos nombres, nuevos libros y nuevos descubrimientos a la lista, ya bien larga, de la primera epístola, y extendió su discurso peregrino por el inmenso campo de su erudición asombrosa.

«Admito que hay filósofos españoles, dijo entonces el sabio, y cuando a docenas se le metían por los ojos, pero niego la filosofía, niego que haya existido un sistema bien determinado y cuya influencia haya llegado más allá de los límites de la patria. Por lo demás, ¿qué importancia he de dar yo a los razonamientos del Sr. Menéndez, que es un mozuelo imberbe, y *neo* por contera».

No quiero decir yo, porque no me incumbe, si estas dos acusaciones son contundentes, y hasta qué punto ilustran la cuestión pero sí declaro que son tan auténticas como fundadas. El Sr. Menéndez tiene veinte años y el feo gusto de decir en letras de molde que «no es católico nuevo ni viejo, sino católico a macha martillo, apostólico y romano, sin mutilaciones ni subterfugios, sin hacer concesión alguna a la impiedad ni a la heterodoxia, en cualquiera forma que se presente».

Convengamos en que con esta declaración y aquella edad, aún cuando se tenga ya un nombre admirado de los encanecidos sabios, en los tiempos que corren hay mucho adelantado para perder el pleito, si además se pleitea a favor de la vieja fe y de la vieja ciencia, y se ofrecen, como razones, infolios de Raimundo Lulio, Luis Vives y el P. Suárez, impresos en latín y roídos por la polilla. Sin embargo, esta vez el buen sentido se puso al lado del Sr. Menéndez, que, al fin y al postre, decía mucho y le enseñaba no poco. Y con mayor decisión se pasó todavía cuando leyó su última carta, y rotulada; *M. Masson redimuerto*, la anterior la encabezaba: *M. Masson redivivo*. En ella aparece el Sr. Menéndez, entre la ciencia española, como el pez en el agua. Ya no se contenta con exhibir nuevos testimonios de ella ante su adversario, que la negaba en crudo, no se satisface con citarle un sistema, una escuela sola, que éste,

por vía de muestra, le pedía con desdeñosa incredulidad; le ofrece tres principales, no ya únicas. Y como si esto no bastara, abre los infolios, analiza su contenido y después de decirnos cuánto en España se dejaron sentir estas escuelas, desmenuza y aquilata las de ultrapuertos, para ver lo que en ellas influyeron las nuestras, que, según las trazas, no fue poco.

Con tan palmaria demostración, los indoctos no dudaron ya y creyeron, no solamente que hubo escuelas filosóficas españolas con influencia más allá de los límites de la patria, sino también que en este asunto estaban tan al rape como ellos nuestros flamantes sabios, esos campeones de la *ciencia nueva*. Pero faltaba aún oír a éstos en tan grave trance, y por ende nuestra curiosidad crecía. Afortunadamente, no se hicieron esperar. El que, por todos ellos lidiaba en la contienda dijo en menos de seis renglones. «No contesto al Sr. Menéndez porque no sabe discutir con la debida formalidad, y porque no quiero (textual) que *a mi costa* se forme una reputación que no tiene razón de ser».

Y como él lo dijo se lo ofrezco al lector, sin comentarios, porque evidentemente no los necesita. A la vez que estas tres cartas, en las cuales, y aunque escritas a vuelapluma, se dice de la importancia de la ciencia española mucho más que cuanto se ha dicho en lo que va de siglo, publicó el Sr. Menéndez otras tres encaminadas a proponer los medios de reparar la general ignorancia respecto a nuestra historia científica y literaria, no desperdiciando la ocasión que se le presenta en una de ellas de hablar, con incomparable gracia y aguda crítica, de ciertos pontífices de determinadas escuelas racionalistas harto conocidos.

Estas seis cartas forman lo que se puede llamar el cuerpo del libro que acaba de ver la luz con el título que copiamos a la cabeza de estas líneas. En todas ellas admira el caudal de erudición que contienen, y el juicio y la maestría con que el joven autor le distribuye pero en las tres primeramente citadas luce éste, además, sus insuperables dotes de polemista, y esta circunstancia les da mayor atractivo. No pueden llevarse más allá en la polémica los donaires del estilo, el desembarazo y fuerza de los razonamientos, la claridad del método, la profundidad de la crítica, y sobre todo, conocimiento de la materia.

Suben de punto estos merecimientos cuando se fija atención en la edad del Sr. Menéndez y se lee la lista de sus obras publicadas y en preparación, que consigna el sabio prologuista al comienzo de su tarea,

y no porque esta circunstancia preste a su último libro mayor valor relativo, pues que le tiene incalculable en absoluto, sino porque esa misma sazón de juicio, esa madurez de criterio a tan temprana edad, anuncian días de gloria para el Catolicismo y la ciencia española, y por consiguiente para la patria, de muchos años acá convertida en palenque de retóricos y charlatanes.

Hasta dónde alcanza la madurez del juicio, la solidez de erudición y el poder de la inteligencia de este prodigio montañés, y qué corrientes le arrastran, como ahora se dice, puede verlo el lector, si no lo ve harto claro en las *Cartas*, en la *Introducción* a su *Historia de los heterodoxos españoles desde Prisciliano hasta nuestros días*, que publica a continuación de ellas, y deducirlo de los sumarios de los capítulos, que allí constan también, obra muy adelantada ya, y que, así por el mérito de su ejecución como por la trascendencia e interés del asunto, ha de ser considerada como una de las más notables del presente siglo.

Salud nos dé Dios para verla y gozarnos en el triunfo de su inspirado autor.

Para que todo sea magistral en el libro, cuya adquisición recomendamos hoy eficazmente, lleva una carta-prólogo de otro insigne montañés, infatigable campeón del Catolicismo y de la ciencia española, cuya bandera levantó años ha, y bajo la cual esgrime hoy sus armas invencibles el Sr. Menéndez y Pelayo, digno soldado de tan santa causa y de tan esforzado capitán. En ella se hace cargo el Sr. Laverde de las seis del Sr. Menéndez y de su *Introducción a la Historia de los heterodoxos*, y dicho se está que si entre el prólogo y el libro no se agota la materia, porque, según las trazas, para estos dos *oscurantistas* la materia es inagotable, llevan el convencimiento de la verdad de la tesis que sustentan al ánimo del lector más desdeñoso, y esto no es grano de anís. Menos lo fuera si los *del oficio*, y con armas de buen temple a su disposición, en vez de contemplar la lucha desde los balcones, bajaran a la arena y allí tomaran cada uno franca y decididamente partido por la bandera de su agrado. Ninguna cuestión más clara que ésta, ni más desembarazada, ni más concreta para un *sabio*. Es evidente que existe un rimero de libros viejos en latín, escritos y publicados en épocas en que al decir de los partidarios de la ciencia moderna, el Estado no consentía ningún lujo al entendimiento. Según Laverde y Menéndez, que han *estudiado* estos libros, hay en ellos mucho de ese lujo y hasta grandes atrevimientos filosóficos que llegaron a influir más allá de las fronteras

de España. Pues, como decía el jugador de marras, con *verlo basta*. Abran los incrédulos filósofos esos libros, *léanlos*, pero en castellano, y dígannos si es o no cierto lo que aseguran Menéndez y Laverde.

Queda, pues, reducida la cuestión que se ventila (para entre sabios, se entiende) a una simple cuestión de segunda enseñanza: a saber latín, o a no saberle. ¿Se sabe? Pues a los libracos ¿No se sabe? Pues confiese la ignorancia, devuélvase el diploma y déjese en paz a los que lo entienden reivindicar las glorias de la patria.

Con que ahora o nunca, señores filósofos, que los ignorantes de buena fe estamos esperando a que la luz se haga para arrimarnos a la que más alumbre.

Pero aquí recuerdo que el Sr. Menéndez concluye su libro declarando que, como ha tocado en él puntos harto delicados, «somete a la usanza de los antiguos escritores cada una de sus frases a la corrección de la Iglesia Católica, en cuyo seno vive y quiere morir» temo que esta declaración, con su olor a ranciedad de pergamino viejo, tiznado de latín enrevesado, ha de ahuyentar por completo a sus *iluminados* adversarios, y ser causa de que se tapen la nariz con el pañuelo aquellos espectadores *del oficio*, de alguno de los cuales hay pruebas de que sabe latín. ¡Lástima sería que el buen sentido dijera de éstos que son los verdaderos *preocupados*, por más que sean hijos de la *despreocupación*! De los otros ya ha dicho al verlos correr, que en ciertas batallas y en frente del enemigo, toda retirada se llama *fuga*.

J. M. DE PEREDA

(*El Aviso*, Santander, 28 de Diciembre de 1876, pp. 5-7)²

² Nota de SGC en su edición de este texto, para OC de Pereda, IX [en prensa]: *El Aviso* precedía esta reseña de la siguiente advertencia: «En un periódico de Madrid hemos visto suscrito por D. José María Pereda un artículo bibliográfico en que se habla extensamente de un libro que acaba de dar a la estampa nuestro amigo particular D. Marcelino Menéndez Pelayo. Como ambos escritores son montañeses y como ambos ocupan elevado puesto en la república de las letras, creemos que nuestros lectores verán con gusto el expresado artículo y le reproducimos hoy en nuestra sección de «Variedades», aunque, como siempre, sin hacernos solidarios de las doctrinas que se sustentan en trabajos ajenos a la redacción».